

EL PRESENTE AMPLIO. UNA APROXIMACIÓN AL PROBLEMA HISTORIOGRÁFICO SOBRE LA PERCEPCIÓN DEL TIEMPO Y DEL ESPACIO

A BROAD PRESENT. AN APPROACH TO THE HISTORIOGRAPHIC PROBLEM OF TIME AND SPACE PERCEPTION

Sebastián Hernández Toledo 

Colegio de México

srhernandez@colmex.mx

Fecha de recepción: 16/06/2020

Fecha de aceptación: 08/07/2020

DOI: <http://dx.doi.org/10.30827/TNJ.v4i1.15501>

Resumen: Este artículo analiza la instauración de un presente amplio en el uso de las categorías de espacio y tiempo en la historiografía contemporánea. A partir de las propuestas de François Hartog, Reinhart Koselleck y Hans Ulrich Grumbrecht se examina la transformación de los regímenes de temporalidad en dos aspectos. En primer lugar, se abordan los estudios sobre el uso de estrategias narrativas propias de la literatura en las obras historiográficas y la irrupción del giro lingüístico como transformación metodológica en la apreciación de la temporalidad. De ese modo, la noción de tiempo histórico fue irremisiblemente trastocada, la utilización de nuevas fuentes históricas, la inclusión de la memoria y la recepción de la violencia heredada de procesos políticos aún abiertos generaron la idea del presente como noción dominante sobre el pasado y el futuro. En segundo lugar, se añade la simultaneidad de la revolución tecnológica de las comunicaciones y la georreferencia, herramientas que impactaron en el análisis

del espacio y de la experiencia, haciendo del presente y la inmediatez parte central de nuestra vida.

Palabras clave: regímenes de temporalidad; tiempo; espacio; presente; giro lingüístico.

Abstract: This article analyzes the perception of a broad present in the use of space and time categories in contemporary historiography. Based on the proposals of François Hartog, Reinhart Koselleck and Hans Ulrich Grumbrecht, the transformation of temporality regimes is examined in two aspects. Firstly, our article deals with the studies on the use of narrative strategies belonging to literature in historiographic works and the irruption of the linguistic turn as a methodological transformation in the appreciation of temporality. Thus, the notion of historical time was irrevocably disrupted, the use of new historical sources, the inclusion of memory and the reception of violence inherited from ongoing political processes generated the idea of the present as the dominant notion over the past and the future. Secondly, we add the simultaneity of the technological revolution in communications and georeferencing, tools that impacted on the analysis of space and experience, making the present and immediacy a central part of our lives.

Keywords: temporary regimes; time; space; present; linguistic turn.

El estrecho vínculo entre historia y lenguaje que ha surgido desde las primeras décadas del siglo XX ha cambiado la forma de comprender la historiografía. En 1946, Robin Collingwood, distanciándose del positivismo decimonónico, específicamente de Leopold von Ranke, propuso, entre otros aspectos, que el objetivo de la historia es descubrir los actos del hombre en el pasado. Para ello, los acontecimientos históricos debían analizarse con preguntas y herramientas que otorga el contexto del momento, es decir, las necesidades —metodológicas, políticas y sociales— del presente entregan los lineamientos de cómo construir una trama (literaria) situada en un tiempo y espacio determinado y justificado en documentos originales que permiten el desarrollo de la “imaginación histórica” (225-235). Posteriormente, en 1967, Richard Rorty publicó *The Linguistic Turn* proponiendo, a grandes rasgos, que toda representación es lingüística, por lo que el lenguaje actúa como agente estructurante de la realidad (49). A partir de este estudio, teóricos como Hayden White, Judith Butler o Jacques Derrida, entre otros, exploraron los usos del lenguaje en la construcción de los discursos históricos y cuestionaron las nociones temporales en las cuales se asentaban las humanidades. De

ese modo, entre los trabajos significativos sobre la representación temporal, François Hartog sostuvo que en 1989 dejamos atrás un régimen de temporalidad “futurista”, basado en objetivos como el progreso y el desarrollo, y nos situamos en un presente largo y simultáneo al que responde los nuevos intereses historiográficos de la disciplina (*Regímenes de historicidad* 200).

En una sociedad mediada por las tecnologías de las comunicaciones y la alta velocidad, pretendemos vivir el ahora, proponer objetivos a corto plazo en los cuales siempre sea parte del presente. Así, cabe preguntarnos, ¿por qué el presente es tan importante en la sociedad actual? ¿Cómo se diferencian las nociones del pasado y del futuro en las diferentes etapas de las últimas décadas? ¿Qué cambios se producen en nuestra percepción del mundo al trastocar la interpretación del tiempo en la historia? Ahora bien, tal como ese “presentismo” tiene diferentes dimensiones y características, tampoco se puede ubicar un punto de inicio categórico en 1989, principalmente cuando dictaduras, revoluciones y cambios sociales desarrollaron cambios de perspectivas temporales más allá de Europa, ya sea antes o después de la fecha propuesta por François Hartog.

El debate historiográfico en relación con las nociones de tiempo y espacio ha sido prolífico. Sin embargo, las propuestas de François Hartog y Hans Ulrich Gumbrecht son parte de las más importantes herramientas analíticas para repensar los tiempos actuales. Sus obras han sido un significativo aporte al cuestionamiento de estas categorías en la medida en que ponen a prueba conceptos filosóficos pensados y construidos desde la antigua Grecia.

Este trabajo pretende aproximarse a la problemática del régimen de temporalidad de los siglos XX y XXI que vive la historiografía, examinando y problematizando las categorías del tiempo y el espacio que existen en la actualidad. El texto se organiza en tres secciones de carácter complementario. En la primera se analizan los distintos regímenes de temporalidad propuestos por François Hartog y Koselleck. La segunda sección da cuenta de las problemáticas del tiempo con especial énfasis en la idea del holgado presente y la simultaneidad en la sociedad actual. La tercera y última aborda la idea de espacio en relación con la simultaneidad y la pérdida corporal.

1. Regímenes de temporalidad

John Lewis señalaba en su *Paisaje de la historia* que “en el método del historiador para viajar por el tiempo, es uno mismo quien impone significado al pasado, no a la inversa” (43). Se trata este de un ejemplo que expresa el acuerdo existente sobre que

las nociones del tiempo en la historiografía son parte de construcciones intelectuales que responden a las necesidades de cada época. Los regímenes de temporalidad a lo largo de la historiografía han ido cambiando dependiendo de los objetivos del historiador. Según François Hartog en su obra *Regímenes de historicidad*, el investigador construye un argumento en el que instrumentaliza las nociones temporales. Es decir, el orden del tiempo estará íntegramente relacionado con los cuestionamientos del historiador, quien pensará el pasado desde sus objetivos del presente (38-39). Dar sentido y ordenar las experiencias del tiempo dependerá de cada régimen de historicidad, por lo cual, cada época tendrá sus propios regímenes de temporalidad y concepción del tiempo.

La historiografía griega nació en un contexto de violentos cambios y guerras que impactaron en la forma de escribir historia y en la percepción de un régimen de temporalidad distinta a otros períodos. Heródoto, en su obra *Los nueve libros de la historia* donde describe las Guerras Médicas (492-478), tuvo como objetivo mantener el pasado en el presente, es decir, preservar “los hechos públicos de los hombres” siempre vigentes en un estado de “actualidad”. Por su parte, Tucídides en su obra *Historia de la Guerra del Peloponeso*, supera el análisis mitológico y sobrenatural, escribiendo esta obra, según Josefina Zoraida Vásquez, “con un espíritu profundamente crítico y racional” (23)¹. Sin embargo, esta es la crítica clásica de una historiografía aún sostenida en una base positivista, pues no hay mayor interpretación respecto a la idea de tiempo en estas obras. La sociedad griega otorga un mismo grado de existencia al mito y a la descripción racional, formándose la idea de un pasado siempre presente. Esto produce, según Hartog, que “el pasado sea como una vasta reserva de esquemas de acción posibles, donde se va de los mitos de origen a los recuerdos recientes, de la separación de la Tierra y del Cielo a la fijación de las fronteras del grupo, de lo divino a lo humano, de lo abstracto a lo concreto [...]” (55). En otras palabras: ambos elementos, el mito y la crítica racional, son parte de una misma estructura que muestra la importancia de un pasado inexistente; el olvido no tiene cabida. De ese modo, el régimen de temporalidad del mundo heleno-griego careció de un uso de la memoria, los hitos de la vida no se ordenaban en pasado y presente, sino que siempre eran algo vigente.

El cristianismo se diferenció de la falta de pasado de la historiografía griega al plasmar el tiempo en la eternidad de un Dios creador del todo. Según Hartog, este nuevo paradigma propició una transformación “de la mutabilidad de lo múltiple a la inmutabilidad de la eternidad divina” (*Regímenes de historicidad* 85). Si bien, tampoco

1 Para seguir este mismo tipo de críticas véase Hosak, Krantzlov et al. (16).

hay un futuro o cierta proyección en la vida humana, sí existe la obligación para los fieles de seguir un modelo anterior que fue el orden cristiano, retornando una y otra vez al pasado. El aporte del cristianismo es, por tanto, añadir a la idea del nacimiento/muerte, la resurrección de Jesús, ese intervalo de tiempo que es la espera del Juicio Final. Con esto, se instauró un instante de tensión entre el presente y futuro con el fin de observar el desenlace del regreso de Cristo, pues, aunque todo estaba predeterminado, no se tenía noción alguna de lo que sucedería después. De este elemento surge la Historia de la Salvación que otorga el orden del tiempo cristiano (Hartog, *Regímenes de historicidad* 87).

Hasta el siglo XVIII la fórmula ciceroniana de *historia magistra vitae* fue la que entregó la comprensión del oficio del historiador. Según Reinhart Koselleck, esta consistió en un ideal pedagógico donde el pasado recordado y escrito cumplían el papel de aleccionar y moralizar el presente (*Futuro pasado* 42). El hecho de que el pasado pueda entregar experiencias y rutas de acción para sobrellevar situaciones del presente indicaba una historia que se repetía frecuentemente a través de ciclos de vida en la que sólo cambiaban los sujetos o los lugares. Así, los regímenes de temporalidad no respondían a un objetivo futuro sino, más bien, a la noción de repetición que daba cuenta del ideal pedagógico. Como agrega Elías Palti, no tener una noción de devenir de la temporalidad concebía la idea de *historias* en plural y no de *Historia*. Esto podía considerarse como “un conjunto de situaciones particulares, que eran, justamente, las que eventualmente se repetían en diversas épocas y lugares” (29).

El quiebre de este ideal pedagógico basado en la repetición y la asimilación del devenir a través de la historia se concentra en los desarrollos tecnológicos y revolucionarios de los siglos XVII y XVIII. Koselleck postula que en este periodo emerge una nueva noción de temporalidad que cambia y diferencia el espacio de experiencia y el horizonte de expectativas (*Futuro pasado* 37). Ya no se sabría reaccionar frente al futuro porque ya no habría una lección del pasado, apoderándose la incertidumbre de los nuevos objetivos a seguir. Siguiendo esta idea, Koselleck definió el periodo de 1750 a 1850 como “años bisagra”. Según el autor, después de esta nueva conciencia de temporalidad discurrió un siglo en el que las prácticas políticas fueron removidas a través de la explicación de sus conceptos, diluyéndose el mundo antiguo y surgiendo el moderno a través de nuevas nociones conceptuales (“Un texto fundacional” 94). Durante este periodo, en ambos lados del Atlántico, se observaron transformaciones semánticas y conceptuales no sólo en cómo se comprende la política, sino también el tiempo histórico.

El pensamiento moderno se basó en la construcción de una explicación lógica y racional sobre el desenvolvimiento de los acontecimientos. Se convirtió en idea ope-

rante la noción de progreso y en ella recayó el sentido de los valores y la descripción de los hechos. La figura de Dios ya no se consideró trascendente, comprendiéndose que el sistema social y natural se sostenía sin importar la creencia sobre el mismo, lo cual cambió la forma de percibir la temporalidad (Palti 33). En ese sentido, la historia se concibió como una mirada al futuro donde se reconocieron los adelantos de la ciencia en el siglo XIX (la máquina a vapor, el ferrocarril, la electricidad, entre otros) y, con ello, una nueva percepción del mundo en la que los cambios ocurrían de manera más rápida y las distancias se volvieron más pequeñas. Lo sugerente del siglo XIX es que la idea de progreso nunca fue cuestionada sino, más bien, se pensó en que esta podría carecer de porvenir si no se acompañaba de alguna propuesta ideológica como el modernismo y su desarrollo espiritual, el socialismo y la distribución equitativa de los beneficios del progreso, el positivismo y su cosmovisión secular o el conservadurismo y la aceptación y vivencia de la fe católica. De esta manera, se percibía el pasado como algo lejano, mientras que el futuro sería un objetivo a perseguir. En definitiva, según señala María Inés Mudrovic, “la estructura temporal de los tiempos modernos, atravesada por la abertura hacia el futuro y hacia el progreso, está caracterizada por la asimetría entre experiencia y expectativa” (68). Es decir, la *historia*, en singular, adquiere todo su sentido pues se comprende como un proceso único que tiene su propio tiempo de desarrollo sin buscar ser un ejemplo para el presente.

Durante la primera mitad del siglo XX, a pesar de las grandes guerras y catástrofes, la noción de progreso siguió vigente, con el futuro como objetivo principal de la sociedad. Según Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo, las grandes narrativas historiográficas no sólo se enfocaron en el progreso y la revolución, también buscaron rastros de modernidad en el pasado cercano. Los autores señalan:

Mientras la noción de progreso se mantuvo sólida, el objetivo de los historiadores de la época de las grandes narrativas no fue sólo verificar el cumplimiento de aquellas leyes que servían de guía al presente de cara al progreso y la emancipación; también se dedicaron con esfuerzo a definir con claridad la frontera entre un ayer lejano premoderno y un pasado reciente que contenía la modernidad (XV).

El régimen moderno de historicidad, según Hartog, se caracteriza por una visión de futuro que muestra el pasado y es la luz del progreso. El tiempo ya no sólo es una herramienta para posicionar los acontecimientos, sino que se vuelve “un actor, un operador de una historia-proceso, que es el segundo nombre o el verdadero nombre del progreso” (“El régimen moderno” 55). Con ello, el autor observa que la visión de progreso no sucumbió ni con las guerras mundiales ni durante el posterior proceso de Guerra Fría, sino que se va renovando en relación con las nuevas realidades. Antes de 1914, desde

sectores políticos radicales, la revolución era interpretada como un camino hacia el progreso; sin embargo, a partir de 1917, la Revolución Rusa se impuso como un salto al presente y construyó una nueva idea de progreso, un futuro asentado en promesas de porvenir². En el capítulo “la excavación” del libro *Terror y Utopía. Moscú en 1937*, Karl Schlögel muestra un ejemplo muy claro de esto. En el texto se habla sobre la hipotética construcción del Palacio de los Soviets, que con sólo la excavación del lugar ya logró representar el poder del imperio, basándolo en las proyecciones de un futuro grandioso y la construcción de imaginarios alrededor de una edificación que no fue (834-851). Los discursos reunidos en torno a la excavación mostraban una estrategia discursiva en la cual se buscó alejarse del viejo estado de catástrofes para iniciar un camino esplendoroso.

A pesar de la destrucción y cambios importantes que significaron las guerras mundiales, la idea de progreso como futuro siguió en pie. Durante la Guerra Fría, cada potencia no sólo intentó imponer su poder a través de una carrera armamentística, sino que buscó establecer parámetros intelectuales a través de políticas culturales que abrazaban la voz del progreso (Glondys 19-26). De ese modo, las ofensivas ideológicas se basaron en que los distintos países optasen por un camino hacia el futuro basado en los ideales propuestos por cada potencia, siendo el progreso, una vez más, la perspectiva temporal hegemónica a la hora de desarrollar los análisis históricos y de las ciencias sociales. No sería hasta la década de 1960 cuando los regímenes de temporalidad darían un vuelco importante.

Hasta la medianía de siglo XX, el pasado o el futuro habían marcado el devenir de los sujetos históricos. Sólo entonces comienza el presente a cumplir un papel importante en los regímenes de temporalidad de la sociedad. Y fue el cambio en los sistemas de comunicaciones uno de los grandes factores que, como veremos, pondrían al presente como eje articulador de nuestras vidas.

2. El problema del tiempo: el presente amplio

Después de las dos guerras mundiales, la división del mundo en dos polos opuestos constituyó un factor de cambio en las percepciones del tiempo. La imposición de dos formas de pensar, como el socialismo y el capitalismo, en distintos países fueron la esencia de los grandes imperios. Según Gumbrecht, el impacto de la guerra se dilu-

2 Un ejemplo material es el cambio al calendario revolucionario soviético entre 1929 y 1940. Aunque se hizo con el propósito de incentivar la producción industrial basándose en un nuevo cálculo del tiempo, es un ejemplo de cómo este tipo de movimientos cambian las percepciones del tiempo.

yó en una *Stimmung* de latencia, es decir, “el tiempo en la posguerra se ‘congeló’ y así quieto se mantuvo” (*Después de 1945* 31)³. La idea de que se manifestaría algo que cambiaría el rumbo de la sociedad fue un sentimiento constante que se afincó en las generaciones posteriores a la posguerra, basada en discursos de Estado y en la difusión del pensamiento político. Ya no importaba el pasado bélico, era el momento de vivir un presente lleno de transformaciones sociales. Es decir, se institucionalizó la percepción de un presente siempre latente y exitoso que encaminaría a las naciones hacia un devenir mejor. Por ejemplo, el hecho de entonar la primera estrofa del himno alemán dio cuenta de la reformulación de una nueva identidad que se olvidara de un pasado vergonzante y violento experimentado hasta 1945 y daba paso a un nuevo proceso nacional que iniciaba en el hoy.

De acuerdo con Gumbrecht, una de las cuestiones claves con respecto a la percepción del tiempo después de 1945 tiene relación con la literatura. Las sensaciones de resistencia y deseos de observar un futuro que no fue, según el autor, se aprecia en tres características centrales procedentes de textos de la posguerra, a las que llama *topoi*. El primer elemento tiene que ver con la claustrofobia y la idea obsesiva de un encierro sin salida, es decir, los personajes pueden encontrar un mundo en paz, pero con falta de oportunidades, rechazo y falta de ayuda. La segunda característica se refiere a “la mala fe”, una desconfianza que se refleja en el cuestionamiento constante de todas las prácticas cotidianas. Y, por último, se refiere a la diferencia que descubren los escritores y sus personajes entre su presente y el discurso oficial sobre lo que sería el “futuro del pasado” (38-40).

Dentro del argumento esgrimido por Gumbrecht hay dos elementos que convergen durante las décadas de 1950 y 1960. En primer lugar, la idea de una intelectualidad que muestra una desesperanza hacia su presente. Si bien se encuentran con una realidad pacífica, la latencia de que todo puede cambiar de un momento a otro hizo que la vida se desarrollase bajo un panorama desolador en lo que a las relaciones interpersonales se refiere. Por otro lado, sigue vigente la idea de un futuro como progreso; pero ya sólo en los discursos institucionales de las grandes potencias. La búsqueda de legitimidad en la imposición de sus ideologías ya fuese por la fuerza o a través de la propaganda cultural, obligaban a mostrar que esta opción política e institucional era la única garantía de progreso y prosperidad. Esta sensación dicotómica de un presente aletargado y un futuro esplendoroso devienen en nuevas interpretaciones intelectuales como el giro lingüístico y las diversas revoluciones vividas en el mundo a partir de los años 50.

3 Según Gumbrecht, la *Stimmung* se comprende como las formas de conocimiento que se vinculan con la sensación de que estamos influenciados por el mundo material que nos rodea (37).

El giro lingüístico significó un cambio metodológico por el cual ninguna realidad se comprendía sin desarrollar un análisis del uso del lenguaje. Según Elías Palti, el lenguaje dejó de ser comprendido como una representación objetiva de la realidad, problematizándose la producción y la recepción que tenía el discurso (35-50). Todo esto se relacionó con el contexto institucional en el que se desarrollaron las disciplinas que, como la antropología y la hermenéutica, experimentaron los mayores cambios en sus formas de ejecutar sus procedimientos de estudio basados en las ideas de Ludwig Wittgenstein como eje. Según Richard Rorty, siguiendo al filósofo austríaco, el lenguaje tiene un sentido pragmático que representa prácticas cotidianas de la sociedad. De ese modo, emplaza a los filósofos de la metafísica a colocar la atención del análisis en preguntas que no escapen a la temporalidad de lo contemporáneo (*Essays on Heidegger and Others* 99-100). Es decir, ubicar el lenguaje en unidades de espacio y tiempo. Esta propuesta fue trascendental en el campo historiográfico. Se abandonó el anhelo de cientificidad para centrar la investigación en el análisis del lenguaje y del discurso, bajo la consideración de que el historiador sólo comprendía la representación construida a través de narraciones. De ahí, la importancia en la crítica de textos y su vinculación, como bien señala Colingwood, con las estructuras narrativas de la literatura.

A partir del Mayo Francés de 1968, las implicaciones del giro lingüístico en la percepción de la sociedad fueron notables. Uno de estos cambios se percibió en los regímenes de temporalidad, donde la noción de “revolución” desapareció del horizonte causando que, según Hartog, “el futurismo (el proveniente de la Ilustración) retrocediera con fuerza y el presente (en el espacio que queda libre) se imponga progresivamente como la categoría dominante, mientras que el pasado se oscureció” (“El régimen moderno” 65). No sólo los movimientos políticos como la Revolución Cubana o Vietnam causaron fuertes cambios en la forma de percibir el tiempo en la segunda mitad del siglo XX, también la eclosión del giro lingüístico fue central para que se pudiera desarrollar una nueva interpretación de los procesos históricos y su relación con el presente.

Tras estas nuevas corrientes de pensamiento e importantes acontecimientos, la noción de tiempo histórico quedó irremisiblemente trastocada. De ahora en adelante, el presente se volvió cada vez más holgado, o sea, amplio y extenso, que va más allá de lo meramente actual o cercano. La simultaneidad y la memoria se transformaron en ejes para la comprensión de un pasado siempre visto como presente. En el ejercicio historiográfico, según afirma John Lewis, “asombra que el criterio selectivo es la capacidad que da la historia para la simultaneidad, es decir, estar *al mismo tiempo* en más de un lugar y de un momento” (47). El historiador desarrolla una selección en la cual impone un significado del pasado de acuerdo con su presente, empleando episodios

particulares para realizar un análisis general. Bajo esta perspectiva, el texto de Schlögel es un ejemplo para observar la noción de criterio selectivo y simultaneidad en una misma obra. El hecho de describir y analizar una variedad de temas muy disímiles entre sí tenía un objetivo que surgía de las necesidades del presente. Según el autor, este texto busca explicar un periodo del estalinismo intentando “captar y actualizar como en un prisma el momento, la constatación que los contemporáneos concibieron ya como ‘históricamente significativa’” (17). A pesar de que esta obra se inicia con un mapa de Moscú, son tantos los elementos analizados de forma simultánea que pareciera que nos enfrentamos a un análisis de todo el territorio del imperio soviético y no sólo a una ciudad.

La noción de un “tiempo histórico presente” que se ensancha se complejiza con la idea de simultaneidad postulada por Gumbrecht. El autor muestra que, al ser las experiencias parte de un pasado y el futuro una realidad desconocida, “la experiencia inmediata del cuerpo sólo puede darse en la contemporaneidad. Los estados pasados y futuros del cuerpo sólo pueden ser llevados al presente por medio del recuerdo, o sea, a través de la conciencia” (*Lento presente* 23). Para el autor, el presente desarrolla diferentes formas de entender la temporalidad. Al tener un pasado claro y un futuro impensado, el presente forja distintas vías para afrontar el futuro. Esta idea se desarrolla más claramente en la estructura de *En 1926. Viviendo al borde del tiempo*. Allí, Gumbrecht da cuenta de un “Manual del usuario” y divide el resto del texto en “Dispositivos”, “Códigos”, “Códigos colapsados” y “Marcos”, siguiendo el orden alfabético. El autor señala que busca, de este modo, “conjurar algunos de los mundos de 1926, re-presentarlos [sic], en el sentido de hacerlos presentes de nuevo” (12). Sin lugar a duda, Gumbrecht expone, a través de la descripción de un año, la noción de simultaneidad que, a su vez, nos permite traer a nuestro presente problemáticas actuales tales como los debates de centro y periferia, el presente y pasado como eternidad, o el papel de la tecnología en nuestro desarrollo social.

Es sobre esta construcción temporal que Gumbrecht sostiene su concepto de modernidad. Para él, la guerra, el hipotético escenario de una debacle ambiental y la extinción de la humanidad son amenazas constantes en el mundo. A pesar de los esfuerzos de paz y de desarrollo de una vida tranquila, el miedo y el horror a una inminente destrucción están siempre latentes para la sociedad. Desde fines del siglo XX, el futuro ya no se percibe como una instancia abierta que estuviera permitida diseñar y preparar a partir de la intervención en el presente; sino que, más bien, el miedo se transforma en una piedra de toque que no permite avanzar hacia un nuevo período (*Lento presente* 31). La desconfianza de caminar hacia el futuro hace que la sociedad

se sacrifique para alargar el presente, es decir, intenta mantener el escenario mundial tal y como se encuentra hoy en día (Steinmentz-Jenkins 139).

A partir de la década de 1980, la irrupción de nuevas corrientes historiográficas consolidó la idea de un régimen de temporalidad caracterizado por un presente constante y amplio. Según María Mudrovic, la irrupción de la historia del tiempo presente bajo el alero de revistas, seminarios e instituciones en Europa y Latinoamérica puso “en tela de juicio la difícil tensión entre el presente y la reconstrucción historiográfica del pasado reciente” (“Cuando la historia se encuentra presente” 81). El hecho de que este tipo de investigación histórica reconstruya procesos de generaciones que comparten el mismo presente que el investigador hace que el pasado se esfume. Se explican experiencias que aún no finalizarían para los sujetos históricos, por lo que seguiría siendo presente más que un pasado.

En esta misma línea, otro de los elementos que dilata el presente es que, por un lado, se construyen varios pasados que complementan espacios y ambientes, y por otro, que el futuro peligroso se posterga cada vez más, con lo cual nunca llega al presente. En palabras de Gumbrecht: “los dos movimientos, el de desplazar el futuro amenazante a un futuro lejano y el de rellenar el presente con múltiples pasados, convergen en la impresión de que, en el tiempo social postmoderno, el presente se *dilata* tanto que ningún futuro transportado al presente es capaz de convertirlo al pasado” (*Lento presente* 32).

La idea de un presente continuo está directamente asociada a los sucesos de violencia de Estado ocurridos en Latinoamérica y los estudios de memoria e historia contemporánea. Autores como como Paul Ricœur o Florencia Mallon, expertos en historia y memoria, se apoyaron en la noción de “acontecimiento monstruo” creada por Pierre Nora, quien, a partir de la capacidad de difusión y simultaneidad de los medios de comunicación, aseguraba que ciertos acontecimientos traumáticos tenían una resonancia mayor con un carácter emocional ineludible (165). En esa línea, el autor francés Henry Rousso utilizó este argumento más allá del impacto de la prensa y la opinión pública, y sostuvo que “la cuestión de la memoria es indisociable de aquella que la historia del tiempo presente”, pues concierne a acontecimientos de violencia traumática que, a pesar de ser procesos históricos que se desarrollaron hace siglos, siguen actuando en el presente como, por ejemplo, la herencia colonial (13). De ese modo, en las investigaciones de historia contemporánea se intentan construir, en palabras de Steve Stern, las memorias emblemáticas que buscan crear “un marco o contexto de significación y, a la vez, una manera de organizar los argumentos culturales en torno al significado”, es decir, conformar una idea sobre la experiencia colectiva de la sociedad

(148). Así, la historia del tiempo presente latinoamericano pretende proyectar los abusos del colonialismo y herencias legales de diversas dictaduras como acontecimientos aún presentes en la sociedad, por lo que no pueden quedar rezagadas en un pasado ya superado.

En el lado contrario, herederos del marxismo clásico y el estructuralismo vieron con desconfianza esta postura teórica y criticaron el uso de la memoria cotidiana como fuente y prueba de cientificidad. Por ejemplo, para el filósofo marxista Paolo Virno la concepción de un régimen de temporalidad basado en un presente constante tiene relación con la “hipertrofia de la memoria”. Siguiendo los postulados de Nietzsche referente a una sobreabundancia de memoria como paralización de la acción y supresión del futuro, el semiólogo italiano señala que, en los tiempos actuales, los individuos “se dejan hipnotizar por los recuerdos, los cultivan como un bien en sí mismos y ya no saben seleccionarlos con miras a un nuevo emprendimiento” (50). Para el autor, el objetivo de la historia sigue siendo la construcción del futuro, sin tomar en cuenta que esa gran cantidad de recuerdos son parte de una experiencia inconclusa en un proceso histórico muy distinto al vivido por Nietzsche.

En *The Practical Past*, Hayden White agregó una nueva arista a esta discusión planteando que el pasado tiene un papel instructivo, pero que, en lugar de ayudar a construir el futuro, sirve para afrontar el presente. A partir de ahí, el autor divide el pasado en dos tipos: uno histórico y otro práctico. El primero hace referencia a un pasado seleccionado y construido por historiadores profesionales, divulgado a través de libros y publicaciones académicas. Según White, es una investigación sin otro objetivo que el “conocer por conocer”, una pretensión que se vincula a una historia tradicional, donde el pasado era construido a través de narrativas que ponían énfasis en grandes líderes políticos (hombres), batallas importantes y lecciones dadas por los vencedores (6-7). En cuanto al “pasado práctico”, el historiador estadounidense hace referencia a los recuerdos diarios, esos recuerdos que permiten leer, limpiar o conducir, es decir, llevar a cabo nuestra vida cotidiana (8). Estos tipos de recuerdos fueron recuperados y analizados en las nuevas corrientes historiográficas como la historia social, cultural o intelectual, entre otras, donde experiencias privadas y habituales dotaron de historicidad a nuevos sujetos antes obliterados por la historiografía. La reinterpretación de diversos procesos históricos, muchas veces violentos, dio cuenta de que eran etapas aún vigentes en la vida del ciudadano corriente, haciendo que el pasado siga presente, sobre todo, en la vida de ciudadano común.

En definitiva, en el siglo XX los cambios en la percepción de los regímenes de la temporalidad fueron evidentes. La relación entre pasado, presente y futuro cambió

durante la transición de la modernidad hacia la postmodernidad. En la actualidad, la discusión intelectual se enfoca en la posición de la sociedad en las concepciones del tiempo y cómo éstas influyen en sus proyectos de vida. Los debates se centran en la irrupción de tecnologías, la conectividad global y los circuitos económicos, que dan cuenta de la simultaneidad de experiencias y de una vida inmersa en una red de contacto. Sin embargo, percibir el tiempo con el presente como eje articulador de la vida da cuenta de sentimientos de miedo y horror que alberga la sociedad frente a experiencias negativas relacionadas con la dominación y el poder en la construcción de imperios globales.

3. Espacio: simultaneidad y pérdida corporal

Con Kant y Herder los historiadores aún comprendían que el espacio y el tiempo eran los ejes fundamentales de su trabajo. Según Koselleck, Droysen definió estos dos elementos como “registros de nuestra concepción”, es decir, las intuiciones del espacio estaban vacías y debían ser llenadas empíricamente (*Los estratos del tiempo* 95). A esto se añade que, en gran parte de la historiografía, la aparición del espacio y su importancia siempre tuvo relación con la temporalidad. Sin embargo, ante el avance del capitalismo, junto al desarrollo tecnológico y la inmediatez de las comunicaciones, filósofos como Gilles Deleuze y Félix Guattari, en su obra *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, acuñaron el término de “Desterritorialización” para referirse a desenraizamiento y desarticulación de la piedra angular de la cultura, es decir, del territorio. Ante esta postura, especialistas en teoría literaria, como Doris Bachmann-Medik o Sigrid Weigel, a partir del “giro espacial” y la obligatoriedad de la historia de restringir sus estudios geográficamente cuando el espacio se vuelve volátil y simultáneo, se preguntaron si la historia estaba viviendo un proceso de *des-historización* o de representaciones ahistóricas. Como respuesta, desde la historia conceptual señalaron que era necesario pensar el espacio como una categoría, en palabras de Koselleck, “historiable”, capaz de modificarse social, económica y políticamente, y relacionarlo con los cambios en los regímenes de temporalidad (*Los estratos del tiempo* 97). De ese modo, se mostrará cómo la concepción del espacio cambia junto a la percepción del tiempo histórico, desarrollando nuevas dimensiones de análisis en los estudios historiográficos.

La evolución de la cartografía y de los medios de comunicación son los elementos más característicos cuando se trata de comprender la transformación de la percepción del espacio. Los mapas pasan de ser herramientas de poder a contener información

de gran escala a tiempo real, es decir, una muestra de la simultaneidad y del presente. Por su parte, los medios de comunicación dejan de lado la corporalidad para poder entablar diálogos sin necesidad de preocuparse por las distancias o cualquier otra medición del espacio. Estos elementos resultan ser parte del presente continuo que vive la sociedad actual. A continuación, se desarrollarán estos dos elementos.

El estudio de la vida humana, en su relación con el ambiente natural y con el espacio concebido geográficamente, hace que los propios vestigios de la naturaleza dialoguen necesariamente con las representaciones del espacio. La materialidad humana y cultural se relacionan concretamente con el espacio físico y su desarrollo, obligando a los historiadores a manipular las escalas de análisis y distanciarse de la representación literal. Esto quiere decir que, del mismo modo que se formulan unidades de medición del tiempo, también existen para el espacio. La confección cartográfica es un claro ejemplo de cómo se vincula a la concepción tridimensional del tiempo, según Lewis Gaddis, “Una (hora, minutos, segundo) y otra (mapas) reducen lo infinitamente complejo a un marco de referencia finito, manipulable” (*El paisaje de la historia* 55). Entre ambas percepciones, lo que buscan los investigadores es la percepción de un todo que se adecua a las necesidades objetivas de la temporalidad.

La confección cartográfica es la representación de las ideas hegemónicas de cada régimen de temporalidad. Como señala Lewis Gaddis, los mapas evitan la literalidad, “porque lo contrario no sería en absoluto *representar*, sino *replicar*” (56). Es por esto que hay diferentes planos y cartografías que resaltan y atenúan distintas características de los paisajes dependiendo de su finalidad. Un ejemplo de ello es el capítulo “¡Sólo para uso oficial! Moscú, una ciudad en el mapa del enemigo”, en el libro mencionado de Schlögel, donde el autor advierte que es casi imposible conseguir un mapa de la ciudad soviética en 1937, ya que se comprende que este tipo de información fue un instrumento de poder para su conquista. En pleno periodo de guerras, donde el objetivo era imponer ideologías mediante la fuerza de las armas, las características cartográficas que destacaron en los mapas fueron muy distintas a las de hoy en día. Schlögel encontró un mapa de Moscú confeccionado en Alemania en 1937 por la Wehrmacht, hecho para la campaña militar en contra de la Unión Soviética. En este caso, el autor señala:

[...] la mirada del agresor que dibuja un mapa es selectiva y especialmente aguda: no se interesa tanto por los lugares de interés turístico, [...] la mirada cartográfica del agresor apunta hacia los puntos estratégicos. En ese mapa quedan registrados unos mil objetos que están marcados con los símbolos destinados a los cuarteles, los edificios de Estado Mayor, los depósitos de municiones y los hospitales (*Terror y Utopía* 827-828).

La cartografía y la percepción del espacio se transforman en un constructo histórico que le otorga sentido de corporalidad a los proyectos de legitimación del poder. Cumple el papel de herramienta de conocimiento que ayuda a la apropiación, explotación y estudio de nuevos territorios por parte de intereses públicos y privados. El uso de la geografía y de la tecnología formula un mecanismo de circuitos de conexión que permitan establecer un control, reconocimientos y proyección de los dominios.

Los avances tecnológicos en el transporte y las comunicaciones han modificado ampliamente las concepciones del espacio. Como señala Koselleck, el espacio marítimo hoy esta territorializado por el derecho internacional, las zonas de control son distintas, el aire depende de las naciones y las noticias del mundo son inmediatas (*Los estratos del tiempo* 110). A esto se puede agregar la irrupción de mapas digitales que van cambiando la información del tráfico aéreo, automovilístico, marítimo o peatonal en tiempo real, al igual que la georreferencia de explotación y ocupación de distintos territorios por empresas de producción. Este hecho se vincula al holgado presente y a la idea de tener una representación del espacio siempre que dé cuenta del ahora, es decir, de nuestro presente.

La conformación de un espacio territorial que se representa a través de la cartografía fue una característica crucial de la sociedad moderna. Se trataba de la construcción de imaginarios sociales plasmados como algo “real” a través de la legitimidad de la ciencia. La geografía y los mapas fueron una muestra de la forma de comprensión “objetiva” del territorio nacional, entendido éste como algo invariable y verdadero. Sin embargo, en la sociedad actual el papel que cumplen los mapas es muy distinto. Si bien siguen siendo comprendidos como algo “verdadero”, son variables y están en constante movimiento. En definitiva, para que estas representaciones cartográficas tuvieran legitimidad como proyección de la realidad, deberían dar cuenta de la simultaneidad de movimientos y representación del presente.

La experiencia de la comunicación también ha sido un factor por señalar para que, en la actualidad, las nociones de espacio sean apreciadas de distinta manera. Los mapas y el GPS no son lo único que cambia en la construcción de nuestros imaginarios relacionados con el espacio, sino que también la posibilidad de establecer diálogos con personas a larga distancia conduce a interpretar de otra manera las distancias. Gumbrecht sostiene que la percepción de espacialidad postmoderna posee un “desajuste entre la posición física del sujeto activo y las zonas accesibles a su experiencia y acción” (*Lento presente* 31). Esto es posible, por ejemplo, gracias a la comunicación automática a través de las video-llamadas, en las que los kilómetros de distancia u océanos que separan a las personas ya no existen. Para el autor alemán, lo considera-

ble es que el espacio ya no requiere ni movimiento físico ni de tiempo, haciendo que, al no percibir movimiento alguno, las concepciones de tiempo se transformen día a día.

El contacto y el diálogo han perdido la presencia física, centrándose solamente en el intelecto y la visión, aunque ésta sea virtual. Por lo mismo, el problema del espacio recae ahora en que se va desligando de lo material, de lo tangible, para vivir sólo sobre representaciones simplificadas de nuestro alrededor, intentando tener información del todo sin conocer mucho. Gumbrecht lo explica como “una *pérdida corporal*, o más exactamente, una pérdida de la inmediata experiencia corporal impuesta por circunstancias relevantes de la vida cotidiana” (*Lento presente* 34). Un ejemplo de esto son las nuevas herramientas de visita a museos a través de exposiciones virtuales, donde la gente, desde sus casas, puede tener acceso a colecciones artísticas de cualquier parte del mundo. También la exploración de ciudades a través del sistema Street View de Google muestra cómo una persona puede conocer las calles de distintas ciudades sin pensar en el futuro, es decir, conocer en el presente sin adquirir la experiencia de caminar por aquellas calles.

En definitiva, el hecho de perder la experiencia corporal en la comunicación ha servido como argumento para pensar que no existe, en la actualidad, una noción de espacio. Sin embargo, lo que ocurre más bien es que se desarrollan nuevas formas de representación de nuestro entorno que responden a la necesidad de una constante referencia al presente. Existe una falta de respuestas en cuanto a la problemática de cómo se comprende el espacio en un régimen de temporalidad presentista. De ahí, que podamos añadir la hipótesis de Gumbrecht respecto a que estas nuevas realidades demuestran un indicio de la “transitoria insuficiencia de nuestros conceptos filosóficos para la comprensión de los mundos cotidianos actuales” (*Lento presente* 36).

4. Consideraciones finales

La búsqueda de una conexión entre espacio y tiempo en un mundo que vive del presente es la gran problemática que atraviesa la historiografía actual. La controversia del pasado se centra en un presente y ya no en objetivos futuros. El análisis de los lenguajes y las nuevas formas de comunicación reconfigura las nuevas percepciones del tiempo y muestra una falta de categorías analíticas desde la filosofía y la historia para observar el presente. La historia del tiempo presente es un ejemplo de cómo no podemos desvincularnos de un holgado presente en el que pensamos la historia.

Las características de nuestras categorías son evidentes. La problemática del tiempo la determinamos por un presente continuo por el cual nos alejamos de las no-

ciones de futuro y del pasado como opción para prolongar el inestable bienestar en el que se vive. Por su parte, la noción de espacio la distinguimos por la falta de corporalidad para experimentar las dimensiones de nuestro alrededor y generar comunicación. Por último, ambas categorías se ven afectadas de forma transversal por la simultaneidad de las formas de comunicaciones. El hecho de vivir en la percepción de lo inmediato y lo simultáneo hace que la referencia a la vida sea el aquí y ahora, es decir, vivir el presente y pensar así la historiografía.

Bibliografía

- Bachmann-Medick, Doris, *Cultural Turns. New orientations in the study of culture*, traducido por Adam Blauhut. Berlín, De Gruyter, 2016.
- Collingwood, Robin. *Idea de la historia*, traducido por Edmundo O'Gorman y Jorge Hernández Campos. Madrid, FCE, 2004.
- Glondys, Olga. *La Guerra Fría cultural y el exilio republicano español*. Barcelona, CSIC, 2007.
- Deleuze, Guilles y Félix Guattari. *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia, Pre-Textos, 1997.
- Gumbrecht, Hans Ulrich. *Después de 1945. La latencia como origen del presente*, traducido por Aldo Mazzucchelli. México, Universidad Iberoamericana, 2015.
- _____. *Lento Presente. Sintomatología del nuevo tiempo histórico*, traducido por Lucía Relanzón Briones. Madrid, Escolar y Mayo Editores, 2010.
- _____. *En 1926. Viviendo al borde del tiempo*, traducido por Aldo Mazzucchelli. México, Universidad Iberoamericana, 2004.
- Hartog, François. *Regímenes de historicidad*. traducido por Norma Durán y Pablo Avilés, México, Universidad Iberoamericana, 2007.
- _____. "El régimen moderno de historicidad puesto a prueba con las dos guerras mundiales". *En busca del tiempo perdido. Temporalidad, historia y memoria*, María Inés Mudrovic y Nora Rabotnikof (coords.). México, D. F., Siglo XXI Editores, 2013, pp. 51-65.
- Hosak, L., D. Krantzlov, et. al., *Fundamentos de la Historia*. La Habana, Editora Universitaria, 1965.
- Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, traducido por Norberto Smilg. Barcelona, Ediciones Paidós, 1993.

- _____. "Un texto fundacional de Reinhart Koselleck. Introducción al Diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana", traducción y notas de Luis Fernández Torres. *Anthropos*, n° 223, 2009, pp. 92-105.
- _____. *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, traducido por Daniel Innerarity. Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 2001
- Lewis Gaddis, John. *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado*. Barcelona, Editorial Anagrama, 2004.
- Mallon, Florencia. *La sangre del copihue. La comunidad mapuche de Micolás Ailío y el Estado chileno, 1906-2001*. Santiago, Lom Ediciones, 2005.
- Mudrovic, María. "Cuando la historia se encuentra con el presente o lo que queda del 'pasado histórico'". *En busca del tiempo perdido. Temporalidad, historia y memoria*, María Inés Mudrovic y Nora Rabotnikof (coords.). México, D. F., Siglo XXI Editores, 2013, pp. 66-87.
- Nora, Pierre. "L'événement Monstre". *Communications*, n° 18, 1972, pp. 162-172.
- Palti, Elías. *Giro Lingüístico e historia intelectual*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998
- Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Rorty, Richard. *El giro lingüístico*, traducido por Gabriel Bello. Barcelona, Ediciones Paidós, 1990.
- _____. *Essays on Heidegger and Others. Philosophical Papers*, vol. 2. New York, Cambridge University Press, 1991.
- Sánchez León, Pablo y Jesús Izquierdo (eds.). *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI*. Madrid, Siglo Veintiuno Editores, 2008.
- Schlögel, Karl. *Terror y utopía. Moscú en 1937*, traducido por José Aníbal Campos. Barcelona, Acantilado, 2014.
- Steinmetz-Jenkins, Daniel. "Tres versiones rivales de genealogía teológica: catolicismo, hegelianismo de izquierdas y postsecularismo", *Theory Now: Journal of Literature, Critique and Thought*, vol. 3, n° 2, 2020, pp. 133-144.
- Stern, Steve. *Recordando el Chile de Pinochet en vísperas de Londres 1998*. Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2008.
- Vásquez, Josefina. *Historia de la historiografía*. México, D. F., Ediciones Ateneo, S. A., 1978.

Virno, Paolo. *El recuerdo del presente. Ensayo sobre el tiempo histórico*. Buenos Aires, Editorial Paidós, 2003.

Weigel, Sigrid. "On the 'Topographical Turn': Concepts of Space in Cultural Studies and *Kulturwissenschaften*. A Cartographic Feud", *European Review*, vol. 17, n° 1, 2009, pp. 187-201.

White, Hayden. *The Practical Past*. Illinois, Northwestern University Press, 2014.